

GEDEÓN ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA



AÑO I.

Madrid 21 de Noviembre de 1895.

NÚM. 2.

MONEDA CORRIENTE



ANVERSO
Lo que hace un general



REVERSO
Lo que hace un particular



El general en jefe del ejército de Cuba ha introducido una pequeña modificación en su montura de campaña.

En vez de pistoleras lleva un magnífico epistolario.

Así se deduce de la grata noticia publicada por un diario de la noche que, satisfecho y regocijado, nos transmite algunos detalles íntimos de la vida del general.

D. Arsenio escribe mucho, por más que no ganaría gran cosa si le pagaran a tanto la línea.

La línea de batalla, se entiende.

D. Arsenio, además de la correspondencia oficial, que no es floja, mantiene frecuentes relaciones epistolares con todos sus amigos de la Península, tanto particulares como políticos.

Tantas cuartillas, hojas, pliegos y cuadernillos consume la infatigable pluma de D. Arsenio, que a Cánovas tuvo que escribirle el otro día en papel Rigollot y al ministro de la Guerra en papel de Tapsia.

A Castellano también le envió una tarjeta postal pidiéndole dinero.

Bien sabe Dios con cuánto dolor de su corazón deservainó el sable D. Arsenio, porque él es partidario de los procedimientos pacíficos ante todo, y de llevar la benevolencia a su grado máximo gómez!

Napoleón también escribía: ¿quién no conoce las Memorias de Napoleón? ¿Quién sabe si D. Arsenio nos enviará a su vez sus Memorias?

(Mil gracias: devuélvaselas usted.)

César, el vencedor de Vercingetorix, aquel Maceo de las Galias, manejaba, parodiando por anticipado a D. Arsenio, ora el *gladium*, ora la penola.

¿Quién no conoce sus comentarios *De bello gallico*? ¿Querrá escribir ahora D. Arsenio la segunda edición *De bello gallico*?

No, ciertamente; más bien escribirá *De bello vomito negro*.

Y que lo encuentra bello, bellísimo y archisuperior no hay que dudarlo, porque todas las cartas del general revelan, según el diario en que me inspiro, un buen humor, un donaire y un gracejo que ya quisieran para sí seguramente los reservistas que embarcaron este verano con rumbo a la isla. ¡Aquello sí que fué rumbo para la isla y para la nación!

De modo que bien pronto veremos en el salón del *Heraldo*, junto a los periódicos laborantes que insultan a España, los primeros números de *Santa Clara Comica*, escritos por D. Luis Taboada y D. Arsenio Martínez Campos.

Pero vengamos a mi *Plutarco*, que no otra cosa sino un *Plutarco* me proponía diseñar aquí, no al estilo de los de *El Liberal*, que eran *Plutarcos* de feria, con dos cabezas, sino verdadera *Vida paralela* al estilo de las que escribió el historiador famoso comparando a los Martínez Campos de su época con los héroes de la historia o de la mitología griega.

D. Arsenio y Julio César, D. Arsenio y Napoleón, temas pistonudos para mis vidas para ellas, verdaderamente paralelas porque, aunque se prolonguen indefinidamente, es seguro que no se encontrarán hasta el infinito, donde nos encontraremos todos.

¿Que hizo César? ¿el primer triunvirato? ¿y qué sabemos lo que piensa hacer *notre brave general* con D. Luis Pando y con D. Sepas Marin? (Eso de Sabas es muy mala conjugación.)

¿Que hizo Napoleón? ¿hacerse emperador? Pues D. Arsenio se ha hecho impermeable.

César pasó el Rubicón, pero ¿quien sabe si D. Arsenio pasará el charco diciendo: *Cánovas justa est*?

Y de todos modos, ¿quien es más cauto? ¿César pasando el Rubicón, o D. Arsenio pasando el río Cauto?

Napoleón sufrió bastante en la retirada de Rusia. Aleccionado por tal ejemplo, nuestro Napoleón se pone tieso con los rusos de D. Paco Silvela.

¿Que hizo César? ¿Llorar ante el cadáver de Pompeyo? Lo mismo lloraría nuestro piadoso general si la mala puntería de algún soldado ocasionase la muerte de Máximo Gómez.

¿Qué tuvo Napoleón? ¿la isla de Elba?

Pues allí, bien cerquita tiene D. Arsenio la isla de Pinos.

César—Napoleón—Martínez Campos: el asunto es interminable; cogiendo los tres hilos y trabajando en ellos, podría obsequiar al lector con una trenza de muchas varas; mas quédese el asunto esbozado nada más, porque ahora caigo en que las comparaciones son odiosas, y aunque no temo incurrir en el enojo de Napoleón, ni mucho menos en el de Julio César, tiemblo, ¡eso sí!, ponerme mal con nuestro D. Arsenio, porque, ¿quien sabe si de deducción en deducción, es decir, de embarque en embarque, todos los españoles iremos tomando el chopo o el algarrobo de Sagunto?

Y una vez con el Matser al brazo, ¿no es verdad? que D. Arsenio me pondría los puntos sobre las *ies*?

Ya sabe, sin embargo, el ilustre caudillo que todo esto son bromas nada más; «jueves de Gedeón» tan inocentes y sencillos como los martes de las de Gómez.

Aunque yo *plutarquizo* a D. Arsenio con César y con Napoleón, estoy muy lejos de desearle un Waterloo, ni mucho menos unos *idos de Marzo*.

A Dios rogando y al Maceo dando

País de micos, raza de maceos que aulla y grita echándola de cocos; diez mil necios guiados por diez locos; con acciones y dichos de bellacos; cerebros que ni aun sirven para lacos, barrigas muchas, corazones pocos, payasos chocarreros y barrocos que mal disfrazan sus recios flacos; de la colmena hispana abejarrucos, del tronco nuestro vástagos entecos, que la patria se juegan a los trucos, y egalleros nos llaman ¡oh habiberos! para haceros huir los soladucos les basta con la punta de los zucos.

Mil vendedores de manteca rancia y otros dos mil tahures sin conciencia, queriendo aprovechar vuestra demencia os van a conceder beligerancia. Hoy Jonatás su pócima os escancia y mañana a la luna de Valencia os deará purgar vuestra imprudencia, gemir vuestra impotente petulancia. Con vosotros llenar piensan sus sacos, saciándoos como a pob.es ra, azucos, con caricias flagidas, los patacos, para después trataros de almidrucos. Si vosotros sois micos, ellos cucos; si vosotros sois cocos, ellos cucos.

LOS TRAPENSES

(O LOS PUESTOS COMO UN TRAPO)



En la casa de la Villa, de uno al otro concejal, va pasando esta sencilla aleluya funeral: «Ya te lo diré mañana el marqués de Cabriñana.»

MI PLAZA

—Calinez de mi vida, sosténme en tus brazos, si los tienes todavía; ¿qué honor tan extraordinario!

—¿Pero qué te ocurre, Gedeón: te ha citado también en sus artículos el marqués de Cabriñana?

—¿Más que eso!

—Te va a traer de Granada en su próxima expedición el ministro de Fomento en clase de Boabdil el chico de la jota.

—¿Más que eso!

—Has estado en Pamplona con el marqués de Vadillo, o en Logroño con el general Borrero, o en el teatro Español en noche de estreno entre Arimón y Z?

—¿Más que eso! Me van a honrar.

—¿Te sientes el cuarto?

—Me siento el segundo. ¿Por qué el cuarto?

—Porque el cuarto es honrar padre y madre. ¿Por qué el segundo?

—Porque el primero es Cánovas!

—En eso si que te reconozco, Gedeón: tú serás el segundo, pero el primero es él. La justicia ante todo, y ahora dime de qué manera piensan honrarte. Supongo que no será dándote una gran cruz, como a Vadillo, por haber estado en Pamplona. Habla: soy todo tan oídos como los números musicales de las zarzuelas del género chico.

—No manosees tanto al ministro de Ultramar, y escúchame. Estaba yo esta mañana en mi casa, por cierto haciéndome la barba, por hacer algo—que es lo mismo que hace Cos-Gayón en el Gabinete,—cuando entró la cocinera y me dijo:—Sr. Gedeón Sr. Gedeón, quítese usted el jabón...

—Dispensa, ¿tu cocinera habla en Grilo?

—No lo sé, pero me sísa como si fuese a comprar *Los Ideales* de veinticinco pesetas del poeta cordobés, amigo y paisano de Plave. Pues bien; me dijo:—

Quítese usted el jabón, que viene gente.—Yo pensé si serían los príncipes del Congo o Perrin y Palacios, —¿Y quienes son?—le pregunte.—Una comisión de carboneros.—¡Ah, ya! ¿y les vas a dar el jabón que yo me quite para que se laven?—No, señor; dicen que ellos quieren darle a usted una plaza.—¿De carbonero?—D. Madrid.—Una plaza de Madrid, ¿será la de la Leña? Cíerale la puerta; vendrán huyendo de Cabriñana. ¿Carboneros y en la plaza de la Leña? Ciertos son los ediles. ¡Atranca la puerta, Primitiva!...

—Dispensa, ¿tu cocinera se llama Primitiva o lo es la puerta?

—No, mi criada se llama Primitiva con el mismo derecho que Asmodeo se llama Jose y se podría llamar Primitivo si le diese la gana, pues tantos títulos como otro cualquiera tiene para ello. Mira, Calinez, no me interrumpas más, o te leo un artículo que publicó en *La Epoca* la Sra. Pardo Bazán aprobando la organización del Ejército de Cuba.—Ya lo he leído.—¿Y que?—Que yo también lo apruebo.—No es lo mismo, porque a ti te llaman Calinez y a ella eximia.

Alto ahí, amigo Gedeón; a mi me llaman Calinez con el mismo derecho que a tu cocinera Primitiva, a Asmodeo D. Jose y a la Sra. Pardo Bazán donde no la llaman... doña Emilia. Pero volvamos, si gustas, a tus carboneros, porque si no van a marcharse.

No querían hacerlo de ningún modo. Mi cocinera les dijo que yo no estaba en casa, y contestaron que si no estaba en casa me buscarían en la huerta: ya sabes que yo también tengo una plantada de chuletas. ¿Cómo de chuletas!—Calinez, no me interrumpas; plantada de chuletas de huerta, que es como se llaman ahora los nombramientos de gobernadores y directores generales.

Ello es que, temblando por mis chuletas...—¿No te las habías afeitado aún?—Les recibí sin quitarme el jabón. Figúrate el asombro de aquellos carboneros viendome con la cara blanca, ¡ellos que no se laven más que con la tinta de los calamares del agua de Lozoya!

En esto, de entre los carboneros salió uno más limpio que los demás, y me dijo:

—Señor Gedeón... Quítese usted el jabón.

—Eres insoportable, Calinez.

—Es que me gustan mucho las aleluyas de tu cocinera; parece que tienen música de *La Dolores*, lo mismo que aquello de

«Salud, salud, salud al noble pueblo de Calatayud.»

—Continúa.

—Me dijo, Sr. Gedeón: el gremio de carboneros, reunido entre las seras del cisco de la Villa, acordó por unanimidad ofrecer a usted una plaza.

—¿Y tú respondiste, como el Sr. Cánovas, que eso era para los muertos ilustres, después que se muriesen, pero nunca antes?

—No: yo contesté que aceptaba la plaza en vivo, porque, después de muerto, ya se que han de ponerme en la plaza Mayor en las hojas del Censo, y que después, en el momento de votar, se ha de poner cualquier otro en mi plaza.

—Hiciste bien; pero tal vez no rece eso con los muertos ilustres como el Sr. Cánovas, cuando lo sea, que Dios haga que no lo sea nunca.

—Puesto que usted la acepta—continuó diciendo el presidente de la comisión,—abajo espera.

—¿La plaza?

—La plaza.

DESPUÉS DE "EL ESTIGMA,"

El Estigma y sus intérpretes han merecido juicios muy diversos a los apreciables críticos que gasta la prensa de Madrid, pero ningún juicio tan profundo como este que escribe un cronista madrileño. Dice así:

«García Ortega, como siempre, muy bien de frac, y admirable en la escena del desafío.»

«¡Cielos! ¡Llevaría además el notable actor calce-
tines negros, porque el público le aplaudió entu-
siasmado un mutis! ¡Debió de llevarlos!»

«Añadamos, por consiguiente, una línea a las co-
piadas, imitando el mismo estilo de estas:

«García Ortega con calce-
tines negros, y superior
en un mutis».

También dice el propio cronista que el vestido
color de rosa que lució la Srta. Guerrero en el acto
segundo era muy elegante. ¡Guasón! ¡si parecía
una pantalla de su padre!

Y, *aún más*: el mismo cronista escribe que el
Sr. Díaz de Mendoza «vistió muy serio el papel de
Robert».

«¿Qué será esto de vestir muy serio? ¿Comprar el
traje en una funeraria? Pues entonces no fue el se-
ñor Díaz de Mendoza, sino la Sra. Domínguez, la cual
lució en el acto segundo un vestido de funeral de
primera clase.

Que por cierto fue lo mismo que el éxito alcan-
zado por el drama.

Pero el notable matemático y ciclista D. José
Echegaray no desiste y hace bien de sus empresas
teatrales, a pesar de lo desigual que le ha salido
esta su última obra.

Y no solamente no desiste, sino que continuará
cultivando el mismo género de manchas dramáti-
cas que constituyen actualmente su especialidad.

Después de *Mancha que limpia* escribió *El Estigma*,
que es mancha que mancha, y ahora se propone es-
cribir otra obra titulada *Una mancha en la Mancha*.

Las críticas de sus obras las harán en adelante
los quitamanchas, y es posible que resulten me-
jores!

Y Gedeón, ¿qué piensa de *El Estigma*? Poca cosa.
Que le gustó mucho lo de que el dolor es una ostra
envenenada, y otros rasgos *shakesperianos* por el es-
tilo, pero que, de todos modos, ya que el protago-
nista de la obra llegó a Madrid con una mancha en
la frente, y encontró en seguida colocación en un
lavadero, no debió de haber desaprovechado la ocu-
sión de darse una buena lejía en vez de ir a discus-
sionar en el Congreso como un Gálvez Holguín en el
Municipio.

Así, es posible que no hubiera habido drama;
pero no habrían perdido con ello gran cosa ni don
José, ni el público, ni los críticos, ni los quitaman-
chas. Por lo menos, esto es lo que creen Gedeón y
Calinez.



Naturalmente, fui el día 15 al Pardo a comer be-
llotas.

Dejaría yo de ser Gedeón si no hubiese ido.
Por cierto que noté la falta de muchos políticos y
de muchos escritores.

¡Iba yo tan seguro de que los encontraría allí!

Gracias a Labra—¡Dios le bendiga y nos le con-
serve!—los deportados cubanos vivirán en Ceuta
como el pez en el agua.

Ya les están preparando en el castillo del Hacho
habitaciones confortables, y hasta se dice que dis-
frutarán de una libertad relativa.

¡Si somos muy buenotes!

Y si no fuera porque parecería que alentábamos a
los enemigos de España...

—¿Cómo dice usted que se llama el castillo ese?

—El Hacho.

—Pues llámelo usted hache.

En la manigua cantan
nuestros soldados:
¡quien fuera laborante
para ir al Hacho!

Por el que todavía no ha hecho el Sr. Labra nada

que yo sepa, es por el pobrecito Juan Gualberto Gó-
mez, condenado a veinte años de presidio.

Pero no es posible que se olvide de él un amigo
como el Sr. Labra, que tuvo el honor de presentár-
nosle hace algunos años.

Por de pronto ya supongo lo que le pedirá al Go-
bierno.

Que le blanquee.

Ya van a empezar en Cuba las grandes operacio-
nes, supuesto que van cesando las lluvias.

—Pero, Gedeón, ¿está usted seguro de que las llu-
vias van cesando?

—¡Vaya! Todos dicen lo mismo cuando acaban de
leer los cablegramas de los corresponsales.

—¿Qué dicen?

—¡Ya escampa!

Parece que se marcha, o se ha marchado ya, a
Rusia, el distinguido teniente alcalde Sr. Gálvez
Holguín.

¡Y qué suerte de hombre! Ni siquiera necesita
llevar abrigo.

Porque desde Madrid se ha encargado de hacerle
entrar en calor el señor marques de Cabriñana.

Calinez se quedó embobado la otra tarde en el Prado, o sea en-
tre Cánovas y la Cibeles, oyendo a unas niñas que jugaban en co-
rro las coplas siguientes:

Al-Arimón, Al-A imón, señor Peña Ramiro,
Al-Arimón, Al-Arimón, gobernador que admiro,
Al-Arimón, Al-Arimón, usted está muy caído
Al-Arimón, Al-Arimón, con el bastón al lado.
Al-Arimón, Al-Arimón, creyendo que en la corte
Al-A imón, Al-Arimón, no hay nada que le importe.

—¿Nos de arés entrar en las casas de jergo?

Pasad sin dilación á que os larguen el pego.

Yo llevo un duro al rey y yo dos al caballo,

y yo me juego tres en cuanto echen el gallo.

Jugad y más jugad como el vicio os enseña,

que este gobernador es un conde de Peña.

Calinez, viendo á aquellas niñas, decía emocionado: ¡Cómo se
juega en Madrid desde la misma infancia! Y, naturalmente, se le
caía la baba.

El distinguido joven Sr. Medrano va a debutar en la Comedia
con *Francillon*.

Desearíamos que el Sr. Medrano consiga en lo sucesivo tantos
éxitos teatrales como éxitos de sastrería ha conseguido hasta
ahora.

Y, además, Gedeón ha de permitirse darle un consejo.

El crítico de un diario de la noche dice que, entre otras defi-
ciencias o defectos que le impiden al Sr. Díaz de Mendoza ser un
primer actor indiscutible del teatro Español, uno de ellos es el
haberse demasado los ojos en los momentos de pasión.

Pues bien, Gedeón aconseja al Sr. Medrano, que en las escenas
culminantes se ponga el anteojito, y de este modo, con un ojo co-
rrado, podrá aspirar a todo en la Comedia.

Lo mismo hace el Sr. María respecto al matrimonio Palencia-
Tuban, y le va muy bien.

Ha vuelto a circular por ahí la falsa noticia de
que el general Martínez estaba enfermo.

Gedeón, «competentemente autorizado para des-
mentir el rumor», asegura que no ha sido nada lo
del general. Todo se ha reducido a ligeras equi-
mosis.

Lo de antes fue un pisotón que el general reci-
bió en un cayo... del rey.

Lo de ahora parece que son sabas-ñones.

Casi todos los príncipes y notabilidades euro-
peas se levantan muy temprano, según nos dijo
La Correspondencia en un rato de lugar que le dejó
el cable.

El emperador de Alemania, el rey de Grecia, el
presidente de Suiza, el emperador de Austria, los
príncipes del Congo... todos se levantan cuando to-
davía no se ve Gotha (almanaque de).

También nuestras notabilidades tienen esa bue-
na costumbre.

Castelar, Moret, Cánovas, Silvela, la Sra. Pardo,
etcétera, etc., empiezan a vivir muy temprano.

¡Ah! También madruga mucho el general Primo
de Rivera.

La Junta de Gobierno del Ateneo de Madrid, au-
xiliada por el aparato de provecciones, ha nombra-
do socio de mérito a D. Antonio Sánchez Moguel.

Leo en un periódico:

«LOS FUTUROS CARDENALES»

Vamos, sí.

La continuación de los artículos del marqués de
Cabriñana.

El general Borrero en Vitoria:

«El ayudante del general tenía orden de este
de no anunciarle la visita de ningún periodista que
fuese con objeto de interrogarle sobre la cuestión de
Logroño.»

Pongo la interjección, pero no me atrevo a poner
el consonante.

Imp. de Los Gremios

Costanilla de los Angeles, 1.—Teléfono 1.123.

—¿Pero te habían traído una plaza hasta tu mis-
ma puerta?

—¿Acaso se merece menos Gedeón?

—Entonces no eran carboneros, sino concejales,
que son los que se meten en el bolsillo las calles y
las plazas, para colocarlás donde a ellos les parece
que están mejor.

—Carboneros eran, y la plaza que me ofrecían no
tiene nada de particular que se mueva.

—¡Ah! Vive en ella el ministro de Fomento, que
se está moviendo siempre.

No; mi plaza era, ó, mejor dicho, es un coche de
plaza. El presidente de los carboneros me dijo que
ellos no podían consentir que, a mis años y con mis
merecimientos, anduviese como los sonetos de Ma-
nuel del Palacio, tambaleándose sobre los dos últi-
mos versos, y que por eso me ofrecían el coche de
plaza, ó, mejor dicho, la plaza del coche. Bajé; se-
guido de los carboneros, y, ¿a que no sabes a quién
me encontré en el pescante?—Déjame que reflexione
un momento. ¡Al cochero!—Al mismo Neptuno, al
cual le han quitado los concejales su antigua plaza.
—¡Mira tú que pobre dios! ¿Y qué va a hacer ahora
con sus caballos marinos, que no se movían?—Man-
dar algún barco de guerra de los que tampoco se
mueven. Pero finalmente monté en el coche, y me
encontré en el asiento primero una cartera y des-
pués a Pablo Cruz. —Pues, ya caigo: tu plaza, quie-
ro decir, tu coche había sido antes de Sagasta, y se
los dejó olvidados. —Eso pensé yo, viendo a Pablo
Cruz y la cartera; por cierto que me extrañó que
estando este no estuviera Moret. ¡Conque ya ves si
es honra para mí: ocupar una plaza que ha sido de
Sagasta, y tener a Neptuno a mi servicio! ¡Al dios
de Beranger, de los mares y de los cayos, donde
desembarcan los filibusteros! Abrazame, Calinez, y
otro abrazo aún: esta honra inmerecida que me han
hecho es alcanza a todos los amigos; a ti, a Bicombe,
a Piave, a Fulánez, a todos. Más fuerte, Calinez,
más fuerte. ¡Mi plaza! ¡Mi coche de plaza! ¡La plaza
de Gedeón! ¡El número 13! —Mal número: en la lo-
teria le llaman el bizco. —¿Que importa, Calinez?

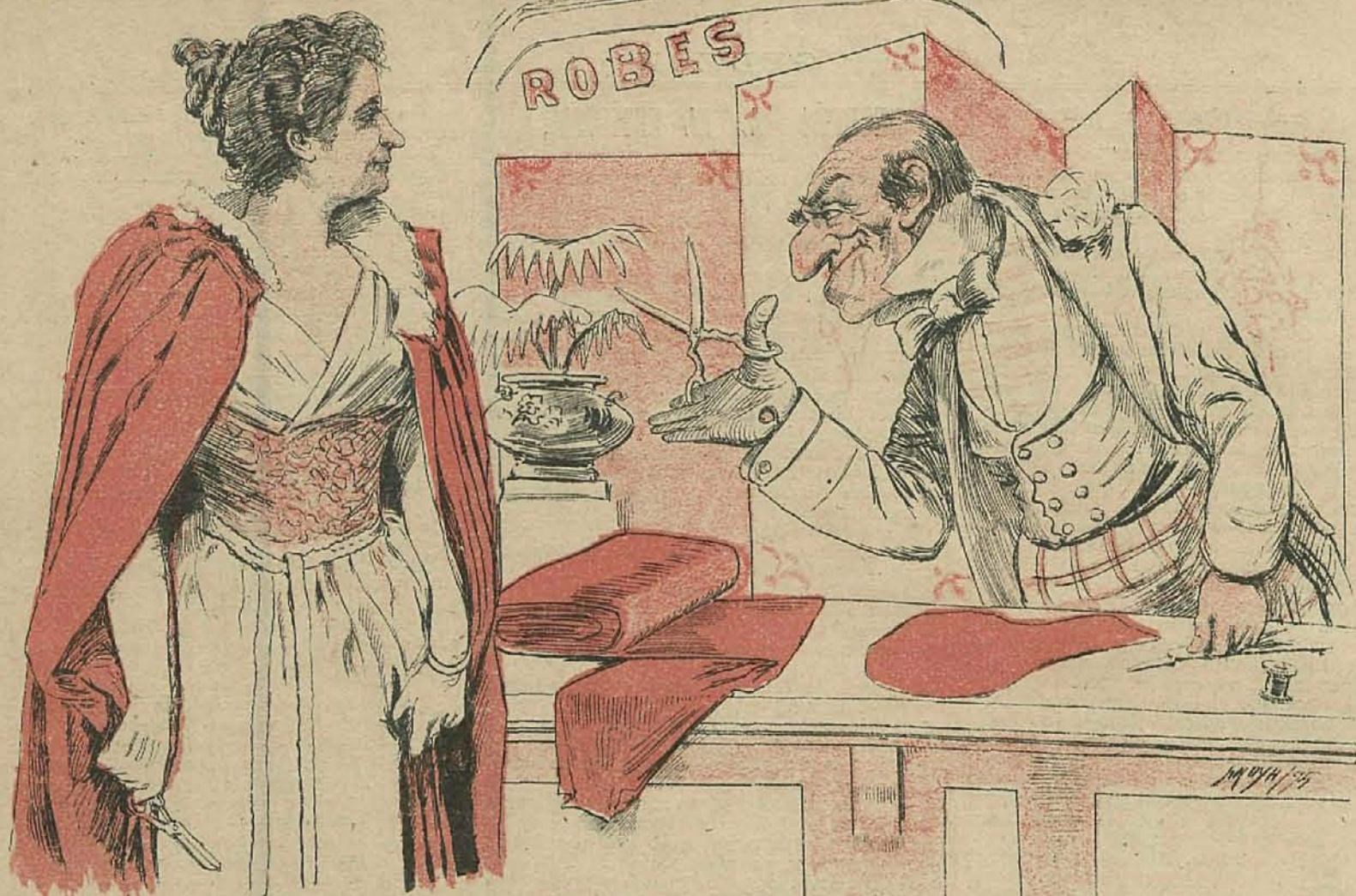
¡Gedeón será siempre Gedeón, cualquiera que sea
el número de sus ojos, y mi plaza será siempre mi
plaza! —Mientras no te la quiten los carboneros que
te la han dado. Piensa, Gedeón, que esa gente da
una plaza y derriba un Gabinete. Yo, si fuese el se-
ñor Cánovas, no hubiera aceptado la de Neptuno,
ni aunque me la pusieran llena de bancos azules. No
se que tienen los concejales y los carboneros que
todo lo vuelven negro, unos con carbón y otros con
eisco. Gedeón, te lo dice un amigo: ¡mucho ojo, del
sano, con tu plaza!

SEGUIDILLAS VENANCIEGAS

PARA BAILADAS EN CORRO Ó EN TURNO PACÍFICO

El grupo de Silvela no tiene cura; ya vendrá don Arsenio que le hará una.	Ya no se llaman uñas las de tu mano, se llaman concejales de cinco en ramo (2).
Para los Cabriñanas quiero mi burro, que los Gálvez Holguines yo me los subo.	A Antonio dice Arsenio que no le ayuda; cuando se está cayendo va y le <i>arrempuja</i> .
Cuando voy á la fragua digo al <i>borrero</i> : —¿Qué haces?—Le estoy sacando ¡unta al acero.	Para pescar un Dato se necesita un expediente largo con mucha gaita.
Ole con ole, ¡pánta muy añelada pronto se rompió.	Y <i>pa</i> soltarlo, ¡Silvela, lo que cuesta soltar un Dato!
Muchas hay que visitan á los abuelos; anda y qué divertido que está Asmodeo.	Para cuando me case ya tengo un gato, y un primito que gasta tres entorchados.
Si fueses á la Huerta ponte en lo obscuro, que el padre fray Alberto no es muy seguro. Pero te advierto que aun es peor fray Paco que fray Alberto.	Por la calle abajito baja Linares baja con el Consejo dale que dale. Y al ver que pasa coge Fabié la bimba, la pone gasa.
No hay ministros más liados que los de Antonio; el de Ultramar, apenas le llega al hombro.	Con catorce judías y diez garbanzos, se mantiene el partido republicano; y los carlistas, con catorce garbanzos y diez judías.
Por el tupé te quise, mi buen Mateo; ahora te le has cortado, ya no te quiero.	Muchos con la esperanza viven alegres: son muchos los amigos de Villaverde.
Con la escobita chica, niña, no barras, que á barrer para adentro te enseñó Sara: Anda salero, y vivan los arranques de la Guerrero.	Con un buen Segismundo y un buen Venancio, hacer quiere Mateo pecar á un santo.
En lo que me entretengo cuando estoy solo: me quito á Castellano y ¿a quién me pongo? (1)	Si quieres un pañuelo para la baba, Cos-Gayón tiene uno de media vara.

(1) Probablemente á Morlesin.
(2) De Consumos.



GEDEÓN. —¿Qué tal este traje que estoy cortando á Mariquita *por encargo* de los pobres?

LA TUBAU —Muy bien, pero ya sabe usted que ahora se usan las mangas muy anchas y que al despedirse Sarah nos dejó un corte precioso.

CANTATA escrita para la fiesta del árbol, por el vate provincial SR. FERNÁNDEZ ARRE

UN HERALDO (que no es el de Madrid).

¡Venid! ¡llegad!
Venid y plantemos
el grande y el chico
en la era del Mico,
el árbol de paz.
Plantadlo, y veremos,
si crece y se eleva,
cómo nos aprueba
la posteridad.
¡Venid! ¡llegad!
¡Circunspección!
¡Formalidad!

(Llegan en tropel los niños, empujándose, y sale de entre ellos *Arseniquín*, con los hocicos untados de guayaba y un sable de hojadelata enredándosele entre las piernas.)

ARSENIQUÍN

(Aire de *Niña Pancha*.)

Vengo de Cuba, vengo de la isla hermosa
donde se agita don Rafael Gasset;
donde la gente es dulce y tan cariñosa
que de allí no sé cómo salir podré.
Y pues la patria quiero sacar á flote,
aunque acaso se enfada mi fiel Morote,
aquí en semilla traigo *ñame* y *zayote*,
á ver si esta agria tierra logro endulzar.

Cómo me gusta
lo dulce y blando
de las guayabas
saborear...
pero me asusta
pensar que Pando
y el buen don Sabas
pronto van á llegar. ¡Ay! (Se desmaya.)

(Sale *Las-carga* atusándose la perillita y canta.)

LAS-CARGA

(Música de *El tambor de granaderos*.)

Rataplán
Pues por eso el duro fresno,
Rataplán
Ahora quiero yo plantar,
Rataplán
y al que le toque el varazo,
Rataplán
ya va á tener que rascar.
Yo soy el que toca el parche,
y no se me importa na
que se enfada el Sursum Corda
si lo quiere mi papá.

(Señalando á *Antoñín*, que está en un rincón mirando la escena de reojo, y, fingiéndose incomodado por la infantil expansión de *Las-carga*, le manda sentarse, y á hurtadillas le da un bollo. Mientras tanto sale *Mateito*, escolar de inocente sonrisa y canta, dirigiéndose á *Las-carga*.)

MATEITO

(Música de la época de D. Venancio.)

Esta es mi opinión
y de Pablo Cruz:
arma á dos ó tres
con un arcabuz.
No envíes más gente
para pelear,
que á Pepito López
lo vas á asustar.

(Se rasca la barba y deja caer el labio, con aire meditabundo; pero de improviso pega un respingo, al sentir por detrás á Castelar, á quien endereza la siguiente.)

Ma.

¿Dónde vas con Martínez Pacheco,
y con ese vestido fané?

Cast.

A ingertar el antiguo algarrobo
y á escribirme la historia después.

Mat.

¿Y por qué no ha venido Abarzuza
á prestarte su ayuda también?

Carl.

Porque él quiere plantar manzanillos
á porfía con Segis Moret.

(Aparece por el foro Fustegueras, entonando la jota que le ha enseñado el chico (no Castellano, sino el otro); dice así:

Fust.

A la orillita del Ebro
quiere Bosch y Fustegueras
que entre todos le plantemos
un huertecito de higueras.

Eso te lo digo
pa que no te atrevas
á comer el higo
ni á chupar las brevas.

A la jota jota,
viva Morlesín,
y los que lo quieren
todo para *cin*.

(Sale Jaimecito chupándose el dedo y balbucea:

Jaime.

Guernicaco arbola
me dice mi papá,
y el árbol ese vengo
decidido á plantar.
Mas ¡qué *qué*! ¡Es la casa
de Ramón Nocedal!
No, es el árbol; ¡Demonio!
¡Me lo han plantado ya!

(Sale el orfeón republicano y canta en son de muñeira.)

Primera voz.

Andén las voces, repique la gaita;
y planten castaños Vicenti y Morayta.

Segunda voz.

Pues si los plantan armaremos cisco
que quiere almendruco plantar don Francisco.

Tercera voz.

A terminar vamos esta función
plantando alcornoques el gran Salomón.